

Jesús
Cortés

Oriol
Malet

Los 4

Sherlocks

El caso de la
Calavera Sonriente





1 Prueba voluntaria

Era lunes y en el colegio Lope de Vega comenzábamos la semana con una noticia nefasta. Fernando, el profe de Educación Física, nos tenía reservada una sorpresa de esas de las que nunca sabemos si vamos a salir vivos.

La sorpresa era todo un reto para nosotros.

–¡Prueba voluntaria! –anunció Fernando en el gimnasio al acabar la clase–. El próximo lunes iremos al polideportivo. Los que decidan hacer la prueba podrán subir la nota del examen. La prueba será de atletismo: carrera de cien metros lisos. Cada uno obtendrá su marca.

Levantó su cronómetro para que lo viésemos todos. Y dijo:



–El lunes de la semana siguiente la repetiremos. El que mejore su marca en dos segundos tendrá un punto más en el examen. Podréis entrenar toda la semana.

La mayor parte de los compis aullaron entusiasmados como si les hubiese tocado un monopatín de esos que flotan. Yo casi llegué a aullar también, pero porque de repente me vi estrellado.





Los comentarios de todos no se hicieron esperar.
–Dos segundos –murmuró Wen moviendo la cabeza–. No es mucho.

–¿Que no es mucho? –exclamé, aterrado–. ¡Dos segundos es una eternidad! Yo flipo.

–Pero, Fran, tendremos una semana para mejorar el primer tiempo –me dijo Mati mientras Gomo se hurgaba la nariz en busca de diamantes verdes. Gomo y sus *gominolas*, como ahora las llaman Mati y Wen. (Por suerte, Gomo no se las come).

Gomo, Mati y Wen son mis mejores amigos. En San Telmo, nuestro pueblo, saben que nos pirran las historietas del detective Sherlock Holmes. Por eso nos llaman *los Sherlocks*. Hasta hemos resuelto algunos casos aplicando los métodos deductivos de nuestro investigador favorito.

Gomo y yo nos miramos. Sobre la prueba de atletismo, los dos lo teníamos claro. Y Mati y Wen, también. Pero ellas sonreían. Nosotros, en cambio...

–¿Qué pasa? –preguntó Wen–. Que no la queréis hacer, ¿no?

La verdad es que no.





Prueba voluntaria



–Pero la prueba es voluntaria. Presentaos vosotras –respondió Gomo.

Mati y Wen se miraron fingiendo desilusión.

–Miedicas –nos dijeron.

Gomo me miró. La verdad es que no las veíamos entrenando por la pista y nosotros mirando como bobos. Seguro que hasta Watson se presentaría a la prueba. Watson es nuestro perro carlino. El primer perro de la historia con cuatro dueños. Esta semana le tocaba tenerlo a Gomo.

–Bueno, pues nos presentaremos. No somos unos miedicas –dije.

–Tampoco será para tanto –dijo Gomo por hecho–. Lo peor que puede pasar es que no consigamos rebajar la primera marca en dos segundos.

Entonces, *¡flash!*, tuve una idea:

–Aunque... Estoy pensando que, si en la primera prueba corremos despacio y en la segunda lo hacemos deprisa, casi que nos aseguraremos los dos segundos.

–Eso sería trampa trampota –dijo Mati.

Gomo me dio un codazo para recordarme que las trampas trampotas no iban con nosotros.





Prueba voluntaria



En resumidas cuentas, que Gomo y yo íbamos a participar en una prueba voluntaria en la que no queríamos participar. Aunque tampoco nos sorprendió tanto. Estábamos acostumbrados a hacer cosas que no queríamos hacer. Por suerte, había otras que sí nos gustaban. Así que unas por otras. Una era reunirnos en la biblioteca después del cole. Y ese lunes en el que Fernando nos anunció su prueba voluntaria, no faltamos a la cita.

Pero ese día iba a resultar diferente a otros porque, sin ni siquiera imaginarlo, nuestro paso por la biblioteca iba a verse alterado por otra de esas cosas que también nos gustaba hacer; exactamente, resolver casos. Esta vez, un caso que entró por la puerta de la biblioteca como si nada y tuvo la desgracia de dirigirse a nosotros, los Sherlocks. El tipo que lo trajo seguro que, de haber sabido quiénes éramos, ni siquiera se nos habría acercado. Pero lo hizo. Y metió la pata.